

**Educación superior y humanismo.
La dualidad social apremiante en el siglo XXI.**

Jorge Alberto Monge Ortiz
jorge.monge@yahoo.com
ORCID <https://orcid.org/0000-0002-0888-4184>

Resumen

El presente artículo analiza la necesidad de la formación humanística que se implementa en la educación universitaria como una competencia socio-educativa referencial necesaria para el desarrollo profesional universitario costarricense en el siglo XXI.

Palabras clave

Humanismo – educación superior - sociedad

Abstract

This article analyzes the need for humanistic training implemented in university education as a benchmark socio-educational competency necessary for professional development in Costa Rican universities in the 21st century.

Keywords

Humanism – higher education – society

Una de las carencias fundamentales de la educación contemporánea costarricense es la ausencia o menoscabo de una formación integral, lo cual afecta día a día el acaecer social y la necesidad del humanismo como parte del currículo escolar. Esta carencia de formación humanística da como resultado un sistema educativo que prepara para la inserción de los jóvenes en el sistema actual de producción y consumo, pero no para practicar la empatía necesaria e integral en el ejercicio de su profesión.

La ausencia de una formación humanista se proyecta en la sociedad en la medida que la educación ocupa buena parte del tiempo de los jóvenes que adquieren su conocimiento en las aulas.

La educación, por su parte, es la actividad que estructura la movilización y el progreso social si se tiene en cuenta que es en las aulas donde se dictan los que serían los buenos principios de trabajo en equipo y desarrollo de las competencias que implementarán en sus trabajos los futuros profesionales.

No obstante, la educación, en tanto constructo social, se ve permeado con lo que pasa en la sociedad consumista del siglo XXI, en la cual un aspecto fundamental como el humanismo se minimiza en la malla curricular. Es decir, que existe un desplazamiento ontológico y epistemológico a partir de la ausencia de los valores humanísticos en las aulas en la medida que no se considera como “útil”. La formación humanística no se cree necesaria. Se cree superflua puesto que no “sirve” para producir dinero.

Por otra parte, Costa Rica es un país cívico por antonomasia. Da fe de ellos la creación histórica de instituciones democráticas de educación superior. De esta forma y dentro del espíritu cívico y educativo costarricense, la educación superior moldea y afirma, en buena parte, el devenir socio educativo y profesional del país.

La formación humanista universitaria atraviesa y define, como un currículum oculto, toda la cultura profesional costarricense y funciona como un paradigma formativo necesario para la educación como instrumento social de desarrollo.

Este aspecto ontológico y epistemológico hace que la educación integrar y humanista que se imparte en la educación superior se perfile como una necesidad generacional en este siglo XXI en el cual se necesita del pensamiento complejo en palabra de Edgar Morín en el aglutinamiento de todos los saberes que se conjugan día a día en el aula.

El discurso socio utópico que se maneja en el contexto costarricense en comparación con otros países de la región es de una educación universitaria que no se queda atrás, que progresa y que se inserta dentro del sistema económico global y complejo.

El obstáculo que tiene toda esta utopía es que la inserción en el desarrollo global resulta en una abstracción que no permea de manera contundente todo el sistema social que, como cualquier socio- sistema, tiene grietas en sí. De tal forma que, por ejemplo, la corrupción cala todo el desarrollo social y este problema llega incluso el sistema educativo que forma parte de la sociedad contemporánea de consumo. Sin embargo, este tema tiene un espectro socio jurídico mucho más amplio que se puede explorar en otros ensayos que eventualmente puedan partir de aquí.

Aun así, el tema central de estas palabras tiene como objetivo el análisis de la función de la episteme en la formación humanística universitaria como una necesidad en contraposición con una estructura social de consumo que no termina de satisfacer todas las necesidades humanas y que se queda corta en la formación integrar de las personas debido a la suposición de una propuesta de lo pecuniario como valor supremo, es decir, el humanismo como sobreposición al capitalismo contemporáneo que se vierte a ultranza en la mentalidad de los individuos mediante una superestructura ideológica cultural que va en detrimento de la realización del ser.

En este sentido es importante recordar que los jóvenes se educan con el fin de constituirse en mejores personas, no solamente profesionales, puesto que la profesión en sí no hace mejores individuos ya que la formación de consumidores no toma en cuenta la formación ética del individuo, por ejemplo.

La formación educativa secundaria costarricense deja un tanto en desconcierto al joven cuando termina el colegio puesto que no le da una formación profesional. Cuando la persona joven termina el “cole”, es decir, a los dieciséis o diecisiete años, muchas veces no tiene otra opción que ponerse a trabajar.

Este sesgo humano-productivo es inevitable sobre todo en la cultura liberal y consumista del siglo XXI como un valor superior de la globalización. La economía como ciencia y fuente de dinero y el dinero por el dinero en sí. Una apología del dinero como forma de adquisición de poder y por supuesto de la sociedad de consumo que traba la movilización social posible a través de la educación.

El factor cultural ideológico consumista se relaciona directamente con la educación puesto que se normaliza el dirigir a las personas a pensar de manera automática en el consumo como un fin último incluso a ultranza de la formación ética y humanística de las personas en sí. La educación que inició en la educación primaria como la herramienta de aprendizaje deviene en herramienta de buscar trabajo para sobrevivir. El gran inconveniente es que, en algunos lugares de Costa Rica, esa es la única opción. De aquí la importancia de la proyección de la universidad en la sociedad como un todo que progrese y que funcione como un eje de desarrollo social.

El joven que no estudia, trabaja porque debe trabajar y cuando estudia, sólo lo hace para trabajar. No existe la empatía con el quehacer día a día o con la orientación vocacional de una actividad tan conspicua como el trabajo. Esto se imbrica en el sistema educativo, donde muchas veces la producción resulta como el fin en sí. El objetivo esencial y humanista de la educación se pierde y tanto la educación como la formación profesional se convierte, como el dinero, en moneda de cambio y se olvida con frecuencia cuál es el cometido de la profesión que no es ni más ni menos que la solidaridad, que, a su vez, es la que trae progreso social.

Con frecuencia incluso se da en las universidades costarricenses, que, por ejemplo, tienen que supeditar actividades como la investigación o la proyección social, que forman parte de la formación humanística, a las limitaciones de un presupuesto inalcanzable que no se

encuentra acorde con las necesidades de los estudiantes puesto que la estructura capitalista de la política costarricense no favorece coyunturalmente la educación superior e incluso ataca la formación humanista como una labor inservible como lo mira alguien que sólo ve a las personas solamente como un medio de producción.

Estas limitaciones presupuestarias e ideológicas en contra de la formación humanista se dan muchas veces debido a decisiones políticas que se arraigan en el pensamiento cortoplacista de la sociedad de consumo del siglo XXI que tiende a segregar al humanismo como parte de la formación educativa y profesional de las personas jóvenes integrales para que se realicen y coadyuven a su país.

Esta *socio-mezquindad*, instalada muchas veces en las élites que tienen el poder social, no hay duda que afectan, no solamente la educación y el desarrollo de los más desfavorecidos, sino que también se “invisibiliza” la formación humanista en el proceso político mismo o con fines económicos *per se*.

Por ejemplo, se ataca la formación humanista puesto que tiene *que servir para algo*, según un discurso añejo capitalista, cuando de acuerdo con lo expuesto y con el sentido común, la formación humanista constituye la base de la educación profesional.

El ciudadano universitario costarricense al finalizar su educación secundaria, mira en un espejismo capitalista y deduce que sus sueños se materializan teniendo sólo en cuenta sólo su futura cuenta bancaria y pierde de paso la oportunidad del disfrute del conocimiento como un estilo de vida.

No hay duda de que el sistema cultural de consumo se vuelve ideología hegemónica y funciona, paradójicamente, como el gran excluyente de la gran mayoría y, afecta la realización de los jóvenes al enfatizar su realización sólo en el consumo en sí. Resulta una ironía ideológica y educativa a la cual se debe contraponer la educación superior con las humanidades en su malla curricular.

No se puede perder de vista que con frecuencia es nadar contra corriente puesto que muchas veces la misma educación superior es una especie de moneda de cambio que resulta en un puente para llevar a la persona a ejercer su profesión sin ningún tipo de interés. Un mecanismo exacto de relojería ideológica que convierte a los jóvenes en seres alienados en el sistema socio cultural. Si se quiere modificar esta concepción educativa, se debe contraponer la formación humanista.

En este siglo XXI la alienación que se produce en los jóvenes es un fenómeno complejo y se analiza más fácilmente a partir de las redes sociales y la Inteligencia Artificial y de conceptos inherentes a esta enajenación velada que se visibiliza bien citando el libro *El capitalismo de la vigilancia* que propone Shosana Zuboff (2020):

“(...) la dinámica competitiva de estos nuevos mercados impulsa a los capitalistas de la vigilancia a adquirir fuentes de excedente conductual cada vez más predictivas: desde nuestras voces hasta nuestras personalidades y nuestras emociones incluso. Con el tiempo, los capitalistas de la vigilancia descubrieron que los datos conductuales más predictivos se obtienen interviniendo en la marcha misma de las cosas para empujar a, persuadir de, afinar y estimular ciertos comportamientos a fin de dirigirlos hacia unos resultados rentables”. (p.17)

Desde el panóptico cultural del sistema de consumo los jóvenes costarricenses establecen sus convicciones educativas que precisamente se encuentran de manera contundente en el sistema de consumo.

Es por lo anterior, que el sistema educativo universitario como sistema humanista e integral tiene una importancia decisiva en el desarrollo social y cognitivo de los habitantes costarricenses del siglo XXI.

Uno de los aspectos que resulta interesante desde la perspectiva socio educativa, por ejemplo, sería determinar la migración como un adoctrinamiento que despoja al ciudadano de su ideología para, mediante las convicciones del consumo, adquirir la ilusión del propio

consumo, es decir, que el hecho de consumir se normaliza como bien último, de tal manera que las personas sienten que sus convicciones se mueven alrededor de necesitar migrar a otros países para estar bien, es decir, para poder consumir. La sociedad global y los medios enajenan y se contraponen a las personas constituyéndose en sí mismos como poderes distópicos de una sociedad que va en contra de la misma sociedad.

Sería de mucho valor examinar esta “traslación ideológica” que mueve a muchas personas a moverse de país a país y saber cuál es el papel de la educación en este sentido en relación con el valor del humanismo en el siglo XXI. Esta “traslación ideológica” también se puede ver actualmente en la valoración de la educación humanista como un factor superfluo dentro de la misma educación y específicamente, dentro de la educación superior.

En cuanto al tema de la necesidad de la formación humanista en contraposición con lo superfluo y de manera contundente afirma el historiador Gerardo Contreras (2009) que la formación humanística es fundamental como parte del currículo:

“El hombre y la mujer no son, se hacen. El ser humano existe. En su esencia se constituye con y a través de la historia de la cultura. Este proceso de constitución lo llamamos humanizarse”. (p. 29)

La sociedad del siglo XXI costarricense es una red de encuentros de necesidades y producciones culturales. Lo que hoy atraviesa como una lanza el devenir social es el consumo a ultranza que se relaciona con el capitalismo de la vigilancia o con lo que otros autores de este siglo XXI llaman el *capitalismo cognitivo* y que constituye hoy por hoy una amenaza de enajenación para el mundo globalizado y sus habitantes. Costa Rica no es ajena a este mundo global.

Sin embargo, no existe en la educación superior costarricense esta inquietud en relación con el humanismo en la cultura en relación con el devenir social como contraparte de este consumo que muchas veces ultraja a las grandes mayorías del planeta y transforma a algunas zonas del mundo en *basureros de la tierra* cuyo valor ecológico no se tiene en cuenta.

Ya no se trata hoy de la preocupación de algunos. Los males sociales, como esta ausencia del humanismo en la educación, también son globales.

Este problema del devenir de la ecología se encuentra por supuesto relacionado con el humanismo y es uno de ellos, pero el desinterés social se amalgama con el desconocimiento y ello resulta en una fórmula inequívoca para el desastre social. Igualmente sucede en la educación en su carencia de los valores humanistas dentro de la formación profesional de todos y cada uno de las personas estudiantes.

Otro aspecto que se perfila como necesario es la urgencia de la búsqueda de la felicidad que no existe sin la conciencia del humanismo en los habitantes del planeta y no existe, con este objetivo, un instrumento mejor que la educación. Como se puede ver, la labor del humanismo contemporáneo se encuentra imbricada en el análisis global necesario y crítico del discurso que se ha desarrollado con el progreso de la coyuntura histórica y con el desarrollo vertiginoso social, económico, tecnológico y cognitivo- emocional del ser humano el primer cuarto de siglo del siglo XXI.

Lo que Edgar Morín define como el pensamiento complejo se encuentra implicado en el humanismo y se vuelve de una utilidad urgente.

La educación como formación y acción y en la búsqueda racional del bienestar y la felicidad social tal y como plantea Y. N. Harari (2015) en la búsqueda del ser humano de la felicidad que se ha mencionado anteriormente:

En el siglo XX, el PIB per cápita era quizá el criterio supremo para evaluar el éxito nacional. Desde esta perspectiva, Singapur, cada uno de cuyos ciudadanos produce por término medio 56.000 dólares anuales en bienes y servicios, es un país como más éxito que Costa Rica, cuyos ciudadanos producen solo 14.000 dólares anuales. Pero actualmente pensadores, políticos e incluso economistas piden que el PIB se complemente e incluso se

sustituya por la FIB: la felicidad interior bruta. A fin de cuentas, ¿qué es lo que quiere la gente? No quiere producir. Quiere ser feliz. (pág. 44)

El crecimiento educativo de los ciudadanos, como se puede ver no sólo tiene que ver con su preparación profesional en la que haya competencias económicas sino también en una formación integral que contemple el humanismo como parte de la misma. No se puede generar un ciudadano competente sin valores integrales humanistas y éticos.

Se hace necesaria la integralidad en el aspecto curricular y por supuesto, es esencia el aspecto transdisciplinario en la educación superior incluso en la imbricación en ella de la ciencia y la técnica tal y como sostiene Jensen en su libro *Universidad, ciencia y humanismo* en el cual afirma:

(...) el conocimiento científico debía imprimirle su forma a la vida, pero a su vez debía ser siempre orientado por principios éticos y morales, en sentido amplio; que la ciencia, en fin, debía implicar el cultivo de una conciencia ilustrada que contribuyese a la solución de los problemas que afectan a la vida en sociedad, pero no en el sentido de soluciones meramente técnicas, sino en el de aquellas que ayudan a ampliar el horizonte de la libertad y la justicia. Conocimiento científico, entonces, como forjador de espacio de utopía. (pág. 19)

El estudiante de la educación superior costarricense, se educa sin dudarlo, de manera superior y no sólo se integra como una máquina a sus quehaceres una vez que se convierte en un profesional, sino que también de acuerdo con su formación humanística, asume su profesión y la pone al servicio de la comunidad a la que sirve. El progreso entonces, no se hace esperar.

La formación humanística hoy se vuelve una prioridad en el sistema universitario costarricense con el objetivo de cumplir la funcionalidad social que tiene el *Alma Mater*. Docencia, acción social e investigación se vinculan necesariamente con el humanismo.

El devenir histórico y el pensamiento humanista es el que provee el norte educativo que Costa Rica necesita si tiene como mira el desarrollo en el siglo de la economía de los algoritmos.

Economía, educación y humanismo constituye la red ideológica necesaria en el devenir de la educación costarricense como punto de partida para salir del subdesarrollo. La relación integral susodicha parte teóricamente de las ideas que plantea Joseph Stiglitz (2019) en su libro *La creación de la sociedad del aprendizaje*, a saber:

“el aprendizaje toca todos los aspectos de una economía dinámica moderna; incluso ocurre todavía más en el caso de un mercado emergente que lucha por convertirse en un país industrializado avanzado” (Stiglitz,46)

A su vez, este es el norte recomendado en relación con el progreso humano de los analistas a nivel mundial de la educación como Martha Nussbaum (2010) que en su libro *Sin fines de lucro* alerta sobre la necesidad del humanismo y con la necesidad de visibilizarlo y conjuga el pensamiento humanístico con la misma democracia, tan apreciada como uno de los valores fundamentales costarricenses:

“Si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos, poseer una mirada crítica sobre las tradiciones y comprender la importancia de los logros y los sufrimientos ajenos. El futuro de la democracia a escala mundial pende de un hilo”. (Nussbaum,20)

Esto se relaciona con la necesidad de una educación proyectiva que atienda a la inserción del joven en la contemporaneidad de la Inteligencia Artificial, de las redes y la globalización, una educación que define el historiador Harari (2018) en su libro *21 lecciones para el siglo XXI* como la educación de las cuatro “c”, a saber:

pensamiento crítico, comunicación, colaboración y creatividad. (Harari, pág. 277).

Es en este mismo libro en que Harari afirma que en la educación actual el cambio es la única constante, el Humanismo por supuesto, no está de más.

Esta relación necesaria que se plantea desde el humanismo se reafirma como necesidad también desde otros autores como Edgar Morín en su libro *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (1999):

“La educación del futuro deberá ser una enseñanza primera y universal centrada en la condición humana. Estamos en la era planetaria; una aventura común se apodera de los humanos donde quiera que estén. Estos deben reconocerse en su humanidad común y, al mismo tiempo, reconocer la diversidad cultural inherente a todo cuanto es humano” (Morín, pág.22)

La universidad con formación humanista puede entonces fungir como la semilla epistemológica que necesita el sistema educativo costarricense en concordancia con la formación humanista que cita Morín y con la inserción de la universidad en el mundo contemporáneo.

El humanismo resulta necesario en la sociedad del desarrollo económico que siempre se encuentra como la estructura oculta del progreso de las nuevas sociedades que incluso pierden su sentido crítico a partir de la ideología pensada sólo como un instrumento de lucro tal y como alerta Marta Nussbaum (2010) en su libro *Sin fines de lucro*:

Es más, aquello que podríamos describir como el aspecto humanístico de las ciencias, es decir, el aspecto relacionado con la imaginación, la creatividad y la rigurosidad en el pensamiento crítico, también está perdiendo terreno en la medida que los países optan por fomentar la rentabilidad a corto plazo mediante el cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, aptas para pagar la renta” (Nussbaum,20)

Otro aspecto esencial que se incentiva asimismo en la educación que imparte en la educación superior costarricense, además del aprendizaje integral y transdisciplinario, es la disciplina autodidacta, que no se trata sólo de una moda en el aprendizaje, sino una necesidad

para la Sociedad del conocimiento y que complementa el Humanismo tal y como lo conceptualiza Hugo Assmann en su libro *Placer y ternura en la educación* (2002):

“Sociedad del conocimiento es una terminología más rica. El conocimiento –y no los simples datos digitalizados- es y será el recurso humano, económico y social más determinante en la nueva fase de la historia humana que ya ha comenzado. Con la expresión sociedad aprendiente, sociedad que aprende o sociedad discente, se pretende expresar que la sociedad entera debe entrar en un estado de aprendizaje y transformarse en una inmensa red de ecologías cognitivas” (Assmann, 12)

Como proyección de futuro en la educación se tiene no solamente que el recurso más importante de una sociedad que pretenda el desarrollo será el recurso humano, sino que será este recurso humano con una perspectiva flexible en cuanto al proceso de aprendizaje y con principios éticos en relación con el mismo desarrollo, tal y como la conceptualiza de forma complementaria A. Oppenheimer (2018) en su libro *Sálvese quien pueda*:

“Todavía se enseñarán algunas cosas, pero serán “habilidades blandas” como la curiosidad intelectual, la iniciativa personal, la flexibilidad mental, el trabajo en equipo y la conducta ética. Los robots no podrán, por lo menos en un futuro predecible, igualar a los maestros humanos en la formación de personas con principios morales y el sentido de propósito para mejorar el mundo” (Oppenheimer, 216)

En la sociedad del siglo XXI, tan convulsa, se tiene que recurrir al conocimiento complejo e integral para no perderse, es decir, que se hace urgente la educación humanista.

Es evidente que urge este modelo educativo humanista en la sociedad costarricense contemporánea pues el paradigma humanista toma en cuenta no sólo el conocimiento en sí, sino también un modelo que educa para la vida.

Es necesario sobre todo hoy que los paradigmas de la Educación deben cambiar para tener en cuenta la individualidad y la socialización activa de todas las personas y su inserción en el mundo cada vez más complejo.

Se determina entonces que la formación humanística en las universidades costarricenses resulta paradigmática en el sentido humanista, es decir, en todos los sentidos, desde hace más de 60 años y en relación con el desarrollo social, político e intelectual nacionales.

La gran oportunidad de la universidad es constituir y amalgamar un crisol de personas y de pensamientos. Es, sin la menor duda, una pluralidad pensada con el fin de adquirir y multiplicar el conocimiento y de ponerlo al servicio de la población en general. La educación como fin y medio.

Es en este vertiginoso momento, en el primer cuarto del siglo XXI en el cual Costa Rica debe enfrentar problemas particulares y globales se debe incentivar el humanismo como eje del conocimiento. La educación como génesis del conocimiento, resulta particularmente útil y necesaria para avanzar.

Urge la mejora del paradigma educativo, cambiarlo para que no tener una educación fragmentada, con una visión netamente productiva y de consumo que aleje a las generaciones jóvenes de soluciones integrales.

Se necesita una propuesta humanista que no discrimine a las materias por no ser *útiles*, entre comillas, pues esto daría al traste con el desarrollo de las capacidades de los jóvenes del siglo XXI.

Se necesita de una juventud crítica, creativa, que filosofe y se comunique, que sepa de arte, de ciencia, de literatura, del cosmos, de inteligencia artificial, de bits, de algoritmos, de inteligencia emocional.

Se ocupa, entre los jóvenes, dejar a un lado, o por lo menos cuestionar, la sociedad de consumo que somos y que prepara a los ciudadanos tanto sólo para consumir más y atender la emergencia de un pensamiento nuevo e integral con el objetivo de no caer en la crisis de la

democracia a partir de la crisis de pensamiento y de integralidad, tal y como también afirma Martha Nussbaum (2010) en su libro *Sin fines de lucro*, al advertir que pasará si no hacemos nada:

“Si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos, posee una mirada crítica sobre las tradiciones y comprender la importancia de los logros y sufrimientos ajenos. El futuro de la democracia a escala mundial pende de un hilo”. (Nussbaum, 20)

La globalización obliga a pensar como ciudadanos del mundo.

No obstante, para ello se debe pensar qué se ha hecho en el pasado y cuáles son las herramientas del conocimiento hoy.

No se puede avanzar siendo víctimas de la propia cultura en el siglo XXI.

La educación superior sigue siendo el eje de discusión por parte de todas las universidades del mundo en sus quehaceres y de la misma manera se cuestiona a diario cuál es la forma de educar a las nuevas generaciones para los retos actuales y, es para estos retos se necesita el paradigma educativo humanista. Esto se puede reafirmar en concordancia con el autor Gerardo Contreras (2009) en su análisis sobre la condición humanista en las aulas:

Hoy más que nunca humanista es aquel ser humano libre y reflexivo, capaz de criticar su entorno y capaz de autocrítica, aunque no sea precisamente un erudito, ni domine todas las disciplinas consideradas humanistas. Esto es particularmente necesario en una sociedad como la nuestra que se quiere civilista y democrática. (Contreras,29)

De la misma forma, entre los intelectuales de hoy, algunos le han dado una nueva visión a la educación y ven en ella la herramienta con la cual los ciudadanos pueden mejorar su vida

y pueden hacer de este un mundo mejor, entre ellos, Yuval Noah Harari, historiador, Marta Nussbaum, filósofa, Edgar Morín, filósofo y educador y que se han citado como parte de este escrito.

La inquietud de estos pensadores es la misma desde ópticas distintas: cómo hacer un mundo mejor, lo que implica lo equitativo, lo epistemológico, la historia, la filosofía y por supuesto, la comunicación.

Se hace necesaria en la educación humanista plantear el dilema de las nuevas generaciones que ya no se encuentra en el cómo producir e incorporarse al mercado de trabajo sino más bien en los dilemas éticos que tendrá este trabajo en sí; en cómo aprovechar sus habilidades para incorporarse al constante cambio de las necesidades del mundo contemporáneo y la necesidad de una educación que plantee necesidades globales. Se trata de adquirir conocimiento con causa. De formar a un ciudadano que tenga presente que la verdadera riqueza se encuentra en sí mismo y en sus compañeros y que es la educación la llave para desarrollarse como persona y para evitar precisamente esta incertidumbre global.

La educación se encuentra implicada proporcional y directamente con el derecho a la libertad tal y como sostiene Amartya Sen en su *Teoría de las capacidades* en la cual sostiene que el bienestar de las personas se debe leer como la capacidad que tienen los individuos de llevar una vida rica y fructífera, en palabras del Informe de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas

“la verdadera riqueza de una nación está en su gente. Sin lugar a dudas, el objetivo básico del desarrollo es aumentar las libertades humanas en un proceso que puede expandir las capacidades personales toda vez que amplía las alternativas disponibles para que la gente viva una vida plena y creativa” (Cejudo, 2006, 127)

Por otra parte, Sen, así como Marta Nussbaum, la filósofa norteamericana antes citada, sostienen un enfoque distinto de la educación que se amalgama directamente con el humanismo.

Sen propone la educación como un fin en sí mismo que ayuda al individuo a tener una vida plena, es, en buenas palabras, una ampliación del derecho a la libertad de todos los ciudadanos del mundo. Como se puede ver, se desplaza el sentido utilitario del concepto económico.

Por ello se hace necesaria la educación superior en el mundo y es, sin duda, el instrumento objetivo e ideal del desarrollo de los países. No se trata sólo de la persona con un título, sino de la persona integral y plena ejerciendo sus derechos. La Universidad, como se observa, constituye el marco conceptual humanista que coadyuva a la formación profesional del individuo y esta formación se encuentra relacionada directamente con el desarrollo social.

Adicionalmente en esta coyuntura, se hace necesario volver la mirada a cuál es el tipo de educación necesaria en el presente siglo. Para ello también se puede volver a citar a Yuval Noah Harari (2018) en su libro *21 lecciones para el siglo XXI* cuando se refiere al sentido que debe tener la educación como un relato nuevo:

“En un mundo de este tipo, lo último que un profesor tiene que proporcionar a sus alumnos es más información. Ya tienen demasiada. En cambio, la gente necesita la capacidad de dar sentido a la información, de señalar la diferencia entre lo que es y lo que no es importante y, por encima de todo, de combinar muchos bits de información en una imagen general del mundo”. (Harari, 276)

Se observa entonces que los ejes pedagógicos que propone Harari son de la misma manera humanistas puesto que piensa en el desarrollo de las personas de forma integral y en su inserción en la dinámica de la realidad compleja a la cual hace referencia Edgar Morín en su texto *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*.

Harari mismo inmediatamente y en su libro resalta que para el siglo presente lo que hace falta son “*las habilidades de uso general para la vida*” (Ibid,277). Como se observa, el humanismo es parte de esta necesidad.

Conclusiones

Ciertamente la globalización y el avance tecnológico sumerge a las nuevas generaciones en una forma de pensamiento que muchas veces cae en el hedonismo y el consumo. Hoy se hace urgente una perspectiva integral de la educación en la medida que se necesita un ciudadano consciente del cuidado de sí y de su entorno. La persona como un ser integral y consciente de su papel en las decisiones que se necesitan para los retos que plantea, por ejemplo, la biotecnología.

El conocimiento técnico a todas luces no es suficiente puesto que no son suficientes los saberes tecnológicos, sino que además se requiere saber cómo se van a implementar estos saberes en las personas. No basta aprender química sino conocer también la bioquímica para poder conocer y dar derroteros de la química en la fisiología de las personas y cómo pueden ayudar en el combate de las enfermedades como el coronavirus. Se concluye entonces que se necesita otro nivel de análisis: el humanista.

La Universidad es el enlace entre el epistemológico básico. La institución constituye la puerta al conocimiento integral necesario para las necesidades que demanda el siglo XXI. El humanismo es la clave y no hay duda que, es aquí donde se tiene la educación con proyección social, con investigación y con desarrollo en la docencia.

La educación en Humanidades alfabetiza culturalmente a los jóvenes puesto que plantea la Historia, la Comunicación, la Filosofía, el Arte y la Ciencia como la amalgama del pensamiento crítico necesario en la presente coyuntura.

Es claro que el siglo XXI ocupa mejores profesionales en medicina. No obstante, necesitan el enfoque humanista en la biotecnología porque esta somete a dudas la cuestión de la ética en relación con la salud de las personas. Urgen los ingenieros con una visión integral que coadyuve al medio ambiente. Se hacen necesarios los economistas que propongan análisis como la teoría de las capacidades como Amartya Sen para librarnos del capitalismo salvaje. No se trata de cambiar lo que hay, sino de darle otro enfoque. Es por ello que se trata de una emergencia el abordaje de los saberes necesarios para el futuro inminente donde los terabits son la cotidianeidad.

En la era de la comunicación masiva, del algoritmo, de la biotecnología, del bit; se hace necesario el humanismo para tener un espejo crítico para volver al origen de la búsqueda del sentido. Lo demás sería lo que Albert Camus referenciaba como el mito de Sísifo: una repetición de rutinas o de “algoritmos” humanos que nos lleva a emular las máquinas superproductoras que caracterizan la inteligencia artificial.

Una de las labores encomiables de la institución universitaria es la formación de ciudadanos de bien. Aquí se encuentra la diferencia: el bien. La inteligencia con sentido. La inteligencia empática. El camino de las humanidades que con frecuencia conduce a la meditación.

La universidad con contenidos humanistas forma y construye redes de pensamientos por la oportunidad que tiene de amalgamar a los futuros científicos, por ejemplo. Esta ciencia es la que se relaciona con el progreso social y económico. La acción humanitaria se combina con la ciencia, con el conocimiento y con el desarrollo.

Y así, la formación humanística de la educación superior costarricense puede funcionar como paradigma socio referencial con el fin de insertar el desarrollo del pensamiento integral y crítico en la educación y poder así reducir las brechas sociales que se producen a partir de la ideología enajenante de la deshumanización de las profesiones con objetivos puramente económicos.

Bibliografía

- Assmann, H. (2002). *Placer y ternura en la educación: hacia una sociedad aprendiente* (Vol. 90). Narcea Ediciones.
- Contreras, G. (2009). *Reflexionar la universidad*. Ediciones Estudios Contemporáneos.
- Córdoba, R. C. (2006). Desarrollo humano y capacidades. Aplicaciones de la teoría de las capacidades de Amartya Sen a la educación. *Revista española de pedagogía*, 365-380.
- Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus: Breve historia del mañana*. Debate.
- Harari, Y. N. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate.
- Jensen Pennington, H. (1995). *Universidad, ciencia y humanismo*.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*.
- Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz editores.
- Oppenheimer, A. (2018). *¡Sálvese quien pueda!: El futuro del trabajo en la era de la automatización*. Debate.
- Stiglitz, J. E., & Greenwald, B. C. (2016). *La creación de una sociedad del aprendizaje: Una nueva aproximación al crecimiento, el desarrollo y el progreso social*. La esfera de los libros.

- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia: La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.